

LAS HOJAS VERDES

A Maite Picaza Urrutia

Mertxe Carneiro Bello

Cada año me convierto en afluente de un río de papel que discurre lejano y entrañable. Cada año escribo para la *Oarso* y al hacerlo siento que todas mis esencias regresan en tromba al hogar, a lo que fui, a lo que sigue viviendo terca-mente en lo que soy. Es verdad que no consigo darle a mis aguas la intensidad deseada, pero lo acepto con la misma naturalidad que acepto otras mermas que el tiempo me va imponiendo. No tiene ningún mérito esta mansedumbre, sólo es cuestión de sentido común, de sana resignación ante lo inevitable. Hace ya mucho tiempo que entendí esta manera de vivir a fin de vivir mejor. Nos vamos consumiendo en cada acto, en cada gesto se reducen nuestras potencias; en definitiva, la vida no es más que una constante erosión. Destrucción lo llamaba Marguerite Duras, claro que en su declive interve-nían muchos elementos absolutamente ajenos al común de los mortales. Y sin embargo, al final, ero-sión y destrucción no son sino dos variaciones para el mismo tema, único tema: la muerte.

Hace unos pocos años todavía me rebelaba ante esta lata de ir perdiendo fuelle. Mi orgullo de las causas nobles y virtuosas se ponía hecho una fiera cada vez que olvidaba dónde había puesto las gafas o el bolígrafo, o yo misma en oca-siones. Resultaba humillante quedarse clavada en medio del pasillo porque, de pronto, una mano invisible había pasado un paño por las pizarras de mi memoria borrándome el itinerario hacia el cuarto de la plancha. Afortunadamente, ya he comprendido que el universo es una máquina que se difunde y que, por tanto, no puedo bajarme de ella para detenerla con la frente. Si habláramos de trenes, ¿dónde se ha visto que un tren se baje de sí mismo? Soy parte de la máquina, no me es posible pararla. Ni siquiera cuando alcance ese punto de deterioro que ya no permite utilidades mecánicas podré dejar de ser, *in aeternum*, ella y su recorri-do. Mi existencia será liquidada en algún instante de la gran expansión, pero mis átomos seguirán viajando incansablemente en busca de otros áto-mos con los que fundirse a fin de difundirse otro ratito. Y aunque no deje de reconocer la maravilla de semejante destino, también debo confesar que me produce un cierto aburrimiento y un mucho de fatiga el saber que nada escapa hacia la nada

porque no puede existir lo inexistente. Que no hay refugios para la carrera. Que no habrá un abismo final en donde descansar de todas las carreras, de todos los dolores, de todas las pasiones, de todas las vidas cualesquiera que sean sus formas y dura-ción. A veces me miro las manos y creo ver en ellas algo parecido a fastidioso billete de ida y vuelta... ¿Tendrá razón Schopenhauer cuando afirma que sólo hay una fuerza cósmica: la voluntad? El univer-so-voluntad, donde las gentes y los astros brotan y mueren inagotablemente sin que sus voluntades individuales puedan oponerse.

Mientras llega el momento de mi finiquito, de lo que he venido siendo me quedan fotografías, algún que otro objeto mitificado, escritos, deseos incumplidos, la inevitable distorsión de la mira-da ajena... Y me queda, sobre todas las cosas me queda, el oleaje de la memoria que nunca amaina, nunca, ni siquiera en sueños deja de traernos las voces de las sombras. Alguna vez las sombras dejan de ser incorpóreas y se nos acercan peligrosamen-te. Son instantes en que la memoria se vuelve tan dolorosamente fresca y cristalina como esos lagos que la primavera inaugura en la montaña. Pero la memoria es casi siempre un cajón de sastre, en donde se mezclan las platas de las verdades y los mercurios de las mentiras en un *tótum revolútum* de lo que fue y de lo que nunca fue. Recuerdos verdaderos y recuerdos inventados viven en una perfecta mancomunidad, y aunque no sepamos a ciencia cierta quién es quién en nuestras represen-taciones, se agradece horrores que aquel ser deslu-cido y lene que un día nos mató de aburrimiento vuelva hoy como un dechado de ingenio. Así es la memoria, o más exactamente la institucionaliza-ción de la mentira en nuestra existencia.

La *Oarso* me recibe bien. Lo sé porque con frecuencia me llaman antiguos vecinos para inter-resarse por mi vida. Cuando les oigo, o cuando les veo ya que también suelen visitarme, siento como si el gran río estuviera desembocando en su afluente. No hay mejor placer que dejarse invadir por sus aguas, y crecerse y desbordarse, y volver a ser Rentería. Este año, gracias a Marisol y Ana Mari, dos guapísimas renterianas que se han acercado a Mataró, mis ojos de ayer me han mirado cálida y

largamente a los ojos. Esa noche, el bienestar me hizo soñar que entraba en mi casa de la Viteri, una casa por primera vez en perfecto estado, con sus cortinas y sus muebles impecables, con sus olores y ruidos de siempre, calentita, amable, y con mi ama esperándome junto a la ventana. Todavía no sé por qué han tardado tanto tiempo las obras de reparación en mi hogar. Han sido años de ver los suelos levantados, los cristales rotos, las paredes a punto de derrumbarse. Doce años. Nada menos que doce años transcurridos como un parpadeo. Yo llegaba a la puerta y la puerta se venía abajo levantando una nube de polvo que se me metía entera por los ojos. Lloraba a causa del brutal escozor, y cuando al fin podía distinguir lo que tenía delante, el espectáculo de la devastación volvía a hacerme llorar. Qué horror. Supongo que una parte de mí se transformó en Antígona, no cabe otra explicación para mi absurda persistencia en verme en ruinas.

Se vive muy apaciblemente junto a este rastro de Tethys que todas las mañanas veo emerger de las brumas. Cuando se acercan los días cálidos, el paisaje es una tentación irresistible, así que he adquirido la costumbre de tomarme el primer café en el balcón. A las seis de la mañana el Mediterráneo tiene el aspecto del *ángel gótico*¹ de Gamoneda: inmóvil, no tiene ojos ni sangre, no vive en la vida ni en la muerte, sólo está vivo en la belleza.

No huele a nada, no se oye nada, nada está verdaderamente afirmado todavía. A esas horas tempranas las cosas se hallan en ciernes, son meras siluetas de lo presentido. Después, muy lentamente, el mar comienza a desperezarse entre los oros que el sol llueve sobre él. Cerca de la línea del horizonte descubro la sombra diminuta de algún pesquero faenando y sobre él un enjambre de gaviotas hambrientas. Ya hace rato que ha callado el silencio. Entre mi mirada y el mar está la estación de repente alborotada por la llegada de un tren. Entre mi mirada y el mar ya se ha hecho de día.

Pero no estoy sola en mi culto visual. Un señor muy mayor desde el balcón de enfrente me acompaña. Nos saludamos, él con una mano en la que chispea el fuego de un cigarrillo, yo con la mía blandiendo el café. Sé su nombre y algunas cosillas más. Por ejemplo, que hizo la guerra en el frente republicano, que fuma compulsivamente y que cada día piensa más en su fallecida esposa Dolors. El señor Jordi es un poeta nato, y aunque lo es las veinticuatro horas del día, su alma se enardece a las siete de la mañana. Su sola presencia transforma el balcón en una cofa escrutadora de las luces

1. *Un ángel gótico -Inmóvil, claramente / inhumano en la / pura catedral / vive un ángel. / Un ángel no tiene ojos. / Un ángel no tiene sangre. / Él no vive en la vida, él no vive / en la muerte, él está / vivo en la belleza.*

que llegan por el Este, de los primeros vagidos del mar y de esta brisa de seda que suele ondear por los cielos del Maresme. Hace ya unos cuatro años, una tarde a finales de septiembre nos encontramos por el paseo marítimo. Era la primera vez que nos veíamos de cerca y nos tranquilizó comprobar que éramos mucho más que bustos animados colgando de las fachadas de nuestras respectivas casas. "Me ha costado un poco reconocerla sin su tacita de café", me soltó maliciosamente mientras nos estrechábamos la mano. Igual de sonriente e imitando su retranca catalana, le contesté que yo, en cambio, no hubiera tenido ese problema. "Lo dice por el cigarrillo, ¿verdad?", y me lo puso delante de la nariz. Fuimos paseando hasta las piscinas, charlando y riendo, conociéndonos metro a metro del camino. De regreso, le cedí la palabra y las emociones, porque ya hacía rato que Mataró se había adueñado de él y lo que fuera animada conversación derivó en un apasionado monólogo que yo punteaba con algún que otro "¿sí?", "¡no me diga!", "vaya...vaya...". En un momento dado empezó a hablarme de Josep Punsola, un gran poeta de la tierra desaparecido en 1949. Su obra, sus aficiones, sus ideas políticas, el frente de Aragón en donde coincidieron, todo pasó nítidamente ante mis ojos gracias a la maestría narrativa de Jordi. "Qué pronto se van los mejores, ¿no le parece? Este chico sólo tenía 36 años, apenas había empezado a vivir y estaba tan lleno de sueños. A mí ya no me queda mucho, Mercè, y no crea usted que me importa. Uno ha bregado lo suyo y anda muy cansado y aburrido. Bueno, mire usted, un poco sí que me fastidiará perderme este diario esperar al sol mientras enciendo el único cigarrillo que me fumo verdaderamente en libertad antes de que venga mi nuera a revolvérmelo todo. Lo hace con la mejor voluntad, pero qué pesada es la pobre". Al llegar a su portal, me dio la mano para despedirse: "La he dejado tristonza, ¿a que sí? Pues no me haga caso, son cosas de viejos. Yo nunca he pensado seriamente en la muerte y ni siquiera ahora lo hago". Señaló hacia el mar: "¿Quién puede cometer semejante estupidez teniendo tan cerca esta belleza? Además, según mi admirado Punsola, morir se no será más que cambiarse de playa...". Se quedó callado unos momentos y luego, bajito, muy bajito, me recitó: "*Non fa tanta por la Mort... // és fugir... // i arribar // a una immensa platja d'or, // per a no tornar a morir, // per a no tornar a marxar...*"

Hace unas semanas recordé esos versos cuando, al leer el periódico, topé con el rostro de Maite Picaza en una esquila de aniversario. Envejecido y hermoso, serenamente triste, era un rostro muy diferente del de aquella otra Maite que a principios de los sesenta descubría conmigo las primeras hojas verdes del verano. ¿Habría tenido miedo a la muerte? Algo me dice que no. Es probable que,



como Josep Punsola o mi Jordi, Maite haya intuido que la muerte era huir y llegar a una inmensa playa de oro para no volver a morir, para no volver a marchar. No me extrañaría nada, porque la recuerdo alegre y valiente. La recuerdo, sobre todo, bailando. Siempre bailan por mi memoria ella y su hermana María Jesús. Gráciles e incansables, tenuemente mujeres, tan niñas aún. Vuelve en tromba mi juventud cuando las miro existir en esa penumbra que yo ilumino. Algo canta en mi corazón *Las hojas verdes del verano* y entonces, por obra y gracia de la mera vibración de esas notas, todo el mundo que fue se condensa en un instante que me devuelve la belleza de los años irrepetibles. Siempre que me inclino sobre mis paraísos perdidos *"veo una luz debajo de la niebla y la dulzura del error me hace cerrar los ojos"*², y me agito, me agito como solamente pueden hacerlo los seres que viven en una irreparable distancia. Pero pasa pronto. No me duran mucho estas emociones, son tan efímeras como el ahora, y menos mal, sí, menos mal porque hay que tener cuidado con la nostalgia que, como es bien sabido, la carga el diablo. Sensatamente, cierro los postigos de mi memoria y prosigo como si tal cosa mi futuro.

2. Aún, de *"Libro del Frío"*. Antonio Gamoneda.

Pasan los años y yo continuo viviendo en dos paisajes a la vez. (No es nostalgia; es, sencillamente, que he desarrollado el don de la ubicuidad.) En mis sueños palpitan dos mares diferentes. Uno es tibio y bueno, y permite que mi espíritu navegue apaciblemente por sus sonrientes azules. El otro es un gigante de atormentadas entrañas. Es el mar del Norte, es el mar de Celaya, es mi mar. Mediterráneo y Cantábrico rigen mi existencia. Son el presente y los recuerdos cohabitando amistosamente entre mis ojos y mi corazón. Cada cual en su territorio, cada cual en su labor.

Ayer volví a soñar con mis recuerdos. Me paseé junto a ese mar indómito, bebiéndome su aliento salado, estremecida por su grito incesante, y al regresar a la mañana que se iniciaba en mi habitación, sobre mi almohada creí notar un leve rastro de humedad. Aún medio dormida, me dije que era espuma, restos de... De pronto, me desperté del todo porque Celaya estaba sonando roncamente en mi cabeza: *"¿Restos de qué? No lo sé. De un naufragio. De una gloria perdida en rosa, y oro, y lila"*³.

En Mataró, frente a dos mares,
a 3 de mayo de 2007.

3. *Mar del Norte*, de *"Canto en lo mío"*. Gabriel Celaya.